

Publicado por

EUNSA

Versión interactiva

arguments

www.arguments.es

Jorge Miras y Tomás Trigo
(editores)

¿Cómo entender el pasaje de la Biblia que dice algo así como: «la fe sin obras está muerta»? ¿No es verdad, acaso, que la fe es una cosa íntima, interior, de cada persona con independencia de que hacia afuera actúe igual que el resto de la gente, tenga o no fe?

Comencemos con una respuesta directa: la fe cristiana no es simplemente algo interior, sino que es un acto que afecta a toda la persona y, por tanto, también a sus obras. La fe, que es en su origen un don divino, está llamada a dar vida, a manifestarse en la vida. Por la fe adherimos todo nuestro ser a Dios y a su proyecto sobre nosotros, que no es otro que el de nuestra felicidad eterna. Pero la fe no es sino el inicio de un camino, el de la consecución de la plenitud de vida. Y en ese camino se avanza haciendo vida la fe que profesamos, esto es, haciéndola actuar por la caridad.

La fe verdadera no puede quedarse en el interior de la persona, sino que, por su naturaleza, está llamada a dar fruto en uno mismo y en las personas que nos rodean. Por eso, la persona que vive de fe no se contenta simplemente con un conocimiento que consuela, o con no hacer cosas que la desvíen o retrasen del buen camino, sino que, si esa fe es real, se siente empujada continuamente, desde dentro, a hacer obras buenas, pues la perfección del hombre se encuentra precisamente en la caridad. La verdadera fe, por tanto, no es algo que se

pueda esconder aunque uno quiera, porque afecta, incluso sin pretenderlo, a toda nuestra forma de pensar y de actuar: lo que pensamos, decimos o hacemos «dice» o «desdice» nuestra fe.

La Sagrada Escritura está plagada de ejemplos de lo que acabamos de decir. En el Antiguo Testamento, los profetas no se cansan de exhortar al Pueblo de Israel para que manifieste con sus obras la fe en el Dios que les ha salvado y cuida con tanta amorosa providencia. En el Nuevo Testamento, es el mismo Jesucristo el que nos habla: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos» (*Evangelio según san Mateo 7, 21*), entendido que la «voluntad del Padre» no consiste en una especie de conjunto de *caprichos de Dios*, sino que remite al camino que realmente nos hace felices. A estas palabras de Jesús podemos sumar algunas de sus parábolas, en las que nos muestra con coloridas historias –como buen Maestro que es–, que la fe sin obras no es una fe verdadera y, por tanto, no da fruto y no sirve cara a la salvación: parábolas del rico y Lázaro (*Evangelio según san Lucas 16, 19-31*)

o el buen samaritano (*Evangelio según san Lucas 10, 25-37*) por ejemplo.

En el resto del Nuevo Testamento, encontramos, en este sentido, numerosos pasajes de las cartas de san Pablo: «Toda la Ley se resume en este único precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Carta a los Gálatas 5, 14*); «Los frutos del Espíritu son: la caridad, la longanimidad, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia» (*Carta a los Gálatas 5, 22-23*); «Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo» (*Carta a los Gálatas 6, 2*); «Lo que uno siembre, eso recogerá» (*Carta a los Gálatas 6, 7*); «No consiste el Reino de Dios en hablar sino en hacer» (*Primera Carta a los Corintios 4, 20*); «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, sería como el bronce que resuena o un golpear de platillos. (...) La caridad es paciente, la caridad es amable, no es envidiosa, no obra con soberbia, no se jacta, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra por la injusticia, se complace en la verdad» (*Primera Carta a los Corintios 13, 1.4-6*); «Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba conforme a lo bueno o malo que hizo durante su vida mortal» (*Segunda Carta a los Corintios 5, 10*); «Solo importa una cosa: que llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo» (*Carta a los Filipenses 1, 27*).

A estos pasajes podemos sumar las palabras de la *Carta de Santiago*: «¿De qué sirve, hermanos míos, que uno diga tener fe, si no tiene obras? ¿Acaso la fe podrá salvarle? (...) la fe, si no va acompañada de obras,

está realmente muerta» (2, 14.17); y las de la *Primera Carta de Juan*: «Si alguno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano padece necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor a Dios? Hijos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad» (3, 17-18); y las del *Apocalipsis*, en las cartas a las iglesias: «Conozco tus obras, tu fatiga y tu constancia (...); que tienes paciencia y has sufrido por mi nombre, sin desfallecer» (2, 2-3); «Conozco tu tribulación, tu pobreza» (2, 9); «Que mantienes mi nombre y no has negado mi fe» (2, 13); «Conozco tus obras, tu caridad, tu fe, tu servicio, tu paciencia y tus últimas obras, mayores que las primeras» (2, 19); «Conozco tus obras, que estás vivo de nombre, pero de hecho estás muerto. Mantente alerta y consolida lo que queda y está a punto de morir, porque no he encontrado tus obras perfectas delante de mi Dios» (3, 1-2); «Conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!» (3, 15).

Pero en la Sagrada Escritura no encontramos simplemente exhortaciones a manifestar nuestra fe con obras buenas, sino que se nos ofrecen ejemplos de personas que lo han hecho: Abel, Noé, Abraham, José, Moisés, David, Elías, Isaías y, ya en el Nuevo Testamento, José y María. En contraste, no faltan personajes de esos que son definidos como los que «dicen, pero no hacen». Todos estos ejemplos muestran cómo las obras dan la medida de la autenticidad de la vida del creyente, poniendo en evidencia si la fe y la caridad son verdaderas.

El significado profundo de todo esto lo encontramos en Jesucristo, el que pasó ha-

¿Cómo entender el pasaje de la Biblia que dice algo así como: «la fe sin obras está muerta»? ¿No es verdad, acaso, que la fe es una cosa íntima, interior, de cada persona con independencia de que hacia afuera actúe igual que el resto de la gente, tenga o no fe?

ciendo el bien entre los hombres. La fe del cristiano es fe en Jesucristo. Y esa fe nos dice que Él es Camino, Verdad y Vida. Para un creyente, es fundamental no solo quién es Jesucristo, sino qué ha dicho y qué ha hecho, porque ahí está la clave de la vida plena, aquí y en la vida eterna.

«La fe es comunión con Cristo», explica el Papa, «y por eso se convierte en vida, en conformidad con él. O, con otras palabras, la fe, si es verdadera, si es real, se convierte en amor, se convierte en caridad, se expresa en la caridad. Una fe sin caridad, sin este fruto, no sería verdadera fe. Sería fe muerta» (*Audiencia general*, 26-XI-2008).

El amor cristiano brota del amor total de Cristo por nosotros: el amor que nos reclama, nos acoge, nos abraza, nos sostiene; un amor que nos empuja a no vivir ya para nosotros mismos, encerrados en nuestro egoísmo, sino para «Aquel que ha muerto y resucitado por nosotros» (cfr. *Segunda Carta a los Corintios* 5,15).

Además, ese amor de Cristo, que nos hace ser en Él una criatura nueva (cfr. *Segunda Carta a los Corintios* 5,17), nos hace entrar a formar parte de la familia de Dios, de su Cuerpo místico, que es la Iglesia, a la que pertenecemos todos aquellos por los que Él ha dado su vida. Desde este punto de vista, la vida del bautizado en Cristo está ya por siempre intrínsecamente unida a la vida de los demás creyentes, a los que ayudamos con nuestras buenas obras y con nuestra palabra, especialmente cuando hablamos a los demás de Cristo, y a los que entorpecemos con nuestra desidia o con nuestras malas obras. La fe verdadera nos

lleva a mirar a Cristo como modelo perfecto, y a hacer, como Él, de nuestras vidas una ofrenda a Dios y al prójimo. La ética cristiana, en conclusión, no nace de un sistema de mandamientos, sino que es consecuencia de nuestra amistad, de nuestra comunión con Cristo. Esta amistad influye en la vida: si es verdadera, se encarna y se realiza en el amor al prójimo. ■

Para saber más:

Catecismo de la Iglesia Católica,
545-546; 1814-1816; 2087.

Juan Luis Caballero